

Viernes Santo

SANTO DEL DÍA

29_03_2024



Toda la liturgia del Viernes Santo exhorta al hombre a contemplar el misterio sobre el cual se funda su esperanza de salvación: la cruz. Jesús clavado en la cruz revela la locura del Amor divino, que cumple las antiguas promesas “como un cordero llevado al matadero” (Is 53, 7). El verdadero Dios y verdadero hombre que sufre en ese leño es el Mesías anunciado por los profetas, el Cordero inocente que ha cargado sobre su Sagrada Humanidad los pecados de todos los hombres, pasados y futuros. Él les pide a todos y cada uno que lo sigan y que lleven su propia cruz, porque por su aceptación

obediente pasa la gloria eterna. Ya Isaías, profetizando la venida de Cristo en el intensísimo pasaje conocido como el *Cuarto canto del Siervo*, dijo: “¿Quién creyó lo que nosotros hemos oído?”. Sin embargo, precisamente a través de su libre abandono a la voluntad del Padre, Cristo se convirtió en causa de justificación. Por lo tanto, recibirá “en premio las multitudes”, los resucitados que poblarán la Jerusalén celestial.

Aquel Dios crucificado que a los ojos del mundo parecía un fracaso (*escándalo* para los judíos y *necedad* para los gentiles, dirá san Pablo) es, por lo tanto, el corazón palpitante de nuestra fe. Y la cruz, con su verticalidad, vuelve a llamar continuamente al hombre para que dirija su mirada a su principio y a su fin. El relato de la Pasión, como nuestra propia experiencia cotidiana, manifiesta de un modo evidente el motivo de la cruz: la existencia del pecado y sus consecuencias en la historia humana. La traición de Judas, el proceso religioso ante el Sanedrín, el “crucifícale” gritado por la multitud frente a Pilato, la flagelación, la coronación de espinas, la subida al Calvario, la crucifixión, los insultos, las bofetadas, los escupitajos recibidos por Jesús entre la noche del Jueves y el último respiro a las tres de la tarde del Viernes son la señal tangible del operar del Maligno. Dios ha querido liberar a su criatura predilecta del poder de las tinieblas, pidiéndole que colaborara en su designio salvífico.

Cuando Cristo en la cruz dice “Tengo sed”, no solo cumple la profecía del salmista sobre la ofrenda de vinagre (*Sal 68, 22*) sino que, como enseñan los santos, expresa su sed de salvar a la humanidad. Grita a cada alma el sumo deseo de atraerla hacia Sí mismo. De acoger Su gracia. Como cuando el buen ladrón la acogió cuando, en las horas que pasó en la cruz, se dio cuenta de quién era el Justo que estaba a su lado y tuvo una contrición perfecta de sus pecados y oyó decir de Jesús: “En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso”. Como lo acogieron las mujeres piadosas, Pedro y los otros santos apóstoles, los muchos hijos de Israel que creían en Él, cada uno con su propia historia. Como primeramente lo acogió María, la Madre de los redimidos, que participó místicamente en la Pasión del Hijo, viendo cumplirse lo que Simeón le había profetizado (“y a ti también una espada te atravesará el alma”). Y es a Ella a quien Jesús en la cruz, con la solemne encomienda del discípulo predilecto, confió a todos sus hijos. De la misma manera, a todos los creyentes les dijo: “Aquí está tu Madre”.

Por una tradición muy antigua, la Iglesia no celebra la Eucaristía el Viernes Santo (ni al día siguiente), pero en el Rito romano los fieles pueden comulgar con las Hostias consagradas el día anterior y custodiadas en el “monumento”. El ayuno eclesiástico, previsto hoy para los cristianos entre los 18 y los 60 años de edad, es un signo de participación en la muerte del Señor, una llamada a la penitencia y, al mismo tiempo, a la espera del regreso del Esposo (Mc 2, 19-20), nuestro Redentor y fin último.

La celebración prevé una densa liturgia de la Palabra -que incluye diez súplicas, entre las cuales se destaca la relativa a la unidad de los cristianos- y tiene su núcleo en la adoración de la Cruz. El sacerdote, mientras procede a su ostensión, recita o canta el *Ecce lignum crucis*: “¡Mirad el árbol de la cruz donde estuvo clavado Cristo, la salvación del mundo!”. Y los fieles responden: “Venid a adorarlo”.